

Ella es la que sabe a qué hora llega el pan; la cantidad de leche que se compra diariamente; los lugares de todas las cosas; la comida que se debe hacer para conformar a todos y hasta las gotas de medicamento que debe tomar alguna de sus hermanas. Está en todo y todo lo sabe dentro del pequeño y trabajoso mundo del hogar. Está en todo menos en sí misma. Por cuidar de los demás hace ya mucho tiempo que ni se mira al espejo. En su tocador no se ven, como en los de sus hermanas, los potes de crema, los lápices de rouge y los ganchos para el cabello. En una caja descolorida duerme un cisne gastado que ya ni usa siquiera. Por las mañanas divide en dos su cabello, lo recoge en la nuca y lo aprisiona dentro de una cofia sin gracia. Como las otras estuvieron de baile o de kermesse o de teatro la noche anterior, es ella quien hace el café. Y a veces extrema su bondad hasta el punto de llevar a los demás el desayuno a la cama.

¿Tienen derecho sus hermanas (o quienes quiera que sean los parientes que usufructúan de sus sacrificios) a exigirle semejante renuncia y abandono de sí misma? Y ella, ¿tiene derecho a abandonarse, a malgastar su juventud o reducir el panorama espiritual de su vida al monótono paisaje de las cuatro paredes que sólo inspiran tedio y melancolía? Nó, no debe hacerlo. Quienes la rodean pretenden de ella que sea hermosa, que se presente limpia y arreglada, porque siem-